

James Joyce

Los Muertos



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LOS MUERTOS

JAMES JOYCE

PUBLICADO: 1914
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

LOS MUERTOS

JAMES JOYCE

Lily, la hija del conserje, se quedó literalmente sin aliento. Apenas había llevado a un caballero a la pequeña habitación detrás de la oficina en la planta baja y le había ayudado a quitarse el abrigo, cuando el silbante timbre de la puerta del vestíbulo volvió a sonar y ella tuvo que correr por el pasillo vacío para dejar entrar a otro huésped. Menos mal que no tenía que atender también a las damas. Pero la señorita Kate y la señorita Julia habían pensado en eso y habían convertido el cuarto de baño de arriba en un vestidor para señoras. La señorita Kate y la señorita Julia estaban allí, cotilleando, riendo y alborotando, caminando una detrás de la otra hasta la punta de la escalera, asomándose por encima de las barandillas y llamando a Lily para preguntarle quién había venido.

El baile anual de las señoras Morkan era siempre un gran acontecimiento. Todos los que las conocían acudían a él, familiares, viejos amigos de la familia, los miembros del coro de Julia, los alumnos de Kate que habían crecido lo suficiente, e incluso algunos de los alumnos de Mary Jane. Ni una sola vez había fracasado. Durante años y años había funcionado de forma espléndida, desde que se podía recordar; desde que Kate y Julia, tras la muerte de su hermano Pat, habían dejado la casa de Stoney Batter y se habían llevado a Mary Jane, su única sobrina, a vivir con ellas a la oscura y demacrada casa de Usher's Island, cuya parte superior habían alquilado al señor Fulham, el fabricante de maíz de la planta baja.

De eso hace ya unos treinta años, por lo menos. Mary Jane, que entonces era una niña con poca edad, era ahora el principal sostén de la casa, pues tenía el órgano en Haddington Road. Había pasado por la Academia y todos los años daba un concierto de alumnos en la sala superior de las Antiguas Salas de Conciertos. Muchos de sus alumnos pertenecían a las familias de mejor clase de la línea de Kingstown y Dalkey. Aunque eran mayores, sus tías también hacían su parte. Julia, aunque ya era bastante canosa, seguía siendo la principal soprano de Adam y Eve, y Kate, demasiado débil para desplazarse mucho, daba clases de música a los principiantes en el viejo piano cuadrado de la sala trasera. Lily, la hija del conserje, se encargaba de las tareas domésticas. Aunque su vida era modesta, creían en comer bien; lo mejor de todo: filetes de solomillo, té de tres chelines y la mejor cerveza negra embotellada. Lily rara vez se equivocaba en los pedidos, por lo que se llevaba bien con sus tres amas. Eran exigentes, eso era todo. Pero lo único que no soportaban eran las contestaciones.

Por supuesto, tenían buenas razones para ser quisquillosas en una noche así. Eran mucho más de las diez y aún no había rastro de Gabriel y su mujer. Además, tenían un miedo atroz de que Freddy Malins apareciera jodido. No querían por nada del mundo que ninguno de los alumnos de Mary Jane lo viera bajo los efectos de la droga; y cuando estaba así, a veces era muy difícil manejarlo. Freddy Malins siempre llegaba tarde, pero se preguntaban qué podría estar reteniendo a Gabriel: y eso era lo que les llevaba cada dos minutos a las barandillas para preguntarle a Lily si había venido Gabriel o Freddy.

"Oh, señor Conroy", le dijo Lily a Gabriel cuando le abrió la puerta, "la señorita Kate y la señorita Julia pensaron que nunca vendría. Buenas noches, señora Conroy".

"Me imagino que sí", dijo Gabriel, "pero se olvidan de que mi esposa tarda tres horas mortales en vestirse".

Se paró en la alfombra, raspándose la nieve de los chanclos, mientras Lily conducía a su esposa al pie de la escalera y la llamaba:

"Srta. Kate, aquí está la Sra. Conroy".

Kate y Julia bajaron enseguida las oscuras escaleras. e Ambas besaron a la esposa de Gabriel, dijeron que debía estar helada de frío y preguntaron si Gabriel estaba con ella.

"¡Aquí estoy, tía Kate! Sube. Yo te seguiré", gritó Gabriel desde la oscuridad.

Siguió raspando los pies con vigor mientras las tres mujeres subían, riendo, al vestidor de las damas. Una ligera franja de nieve yacía como una capa sobre los hombros de su abrigo y como punteras en los dedos de sus zapatos; y, mientras los botones de su abrigo se deslizaban con un ruido chirriante a través del friso endurecido por la nieve, un aire frío y fragante del exterior se escapaba de las grietas y los pliegues.

"¿Está nevando de nuevo, señor Conroy?", preguntó Lily.

Le había precedido hasta la despensa para ayudarle a quitarse el abrigo. Gabriel sonrió al oír las tres sílabas que le había puesto a su apellido y la miró. Era una chica delgada y en crecimiento, de tez pálida y pelo color heno. El gas de la despensa la hacía parecer aún más pálida. Gabriel la había conocido cuando era una niña y solía sentarse en el escalón más bajo cuidando una muñeca de trapo.

"Sí, Lily", contestó, "y creo que nos espera una noche así".

Levantó la vista hacia el techo de la despensa, que temblaba con el zapateo y el arrastre de pies en el piso de arriba, escuchó por un momento el piano y luego miró a la chica, que estaba doblando su abrigo cuidadosamente en el extremo de un estante.

"Dime, Lily", dijo en tono amistoso, "¿todavía vas a la escuela?".

"Oh, no, señor", respondió ella. "He terminado la escuela este año".

"Oh, entonces", dijo Gabriel alegremente, "supongo que iremos a tu boda uno de estos buenos días con tu joven, ¿eh?"

La muchacha lo miró por encima del hombro y dijo con gran amargura

"Los hombres que hay ahora son sólo palabrería y lo que puedan sacar de ti".

Gabriel se puso de color, como si sintiera que había cometido un error y, sin mirarla, se quitó los chanclos y se sacudió activamente con su bufanda los zapatos de charol.

Era un joven robusto y alto. El alto color de sus mejillas subía hasta la frente, donde se dispersaba en unas pocas manchas sin forma de color rojo pálido; y en su rostro sin pelo centelleaban sin descanso los cristales pulidos y los brillantes bordes dorados de las gafas que protegían sus delicados e inquietos ojos. Su pelo negro y brillante estaba dividido por la mitad y peinado en una larga curva detrás de las orejas, donde se enroscaba ligeramente bajo el surco dejado por el sombrero.

Una vez que hubo dado brillo a sus zapatos, se puso de pie y se ajustó más el chaleco a su regordete cuerpo. Luego sacó rápidamente una moneda del bolsillo.

"Oh, Lily", dijo, poniéndola en sus manos, "es Navidad, ¿no? Aquí tienes un poco... ."

Se dirigió rápidamente hacia la puerta.

"¡Oh, no, señor!", gritó la chica, siguiéndolo. "De verdad, señor, yo no lo aceptaría".

"¡Tiempo de Navidad! Es tiempo de Navidad", dijo Gabriel, casi trotando hacia las escaleras y agitando la mano hacia ella en señal de desaprobación.

La muchacha, al ver que había subido las escaleras, lo llamó:

"Bueno, gracias, señor".

Esperó frente a la puerta del salón hasta que el vals terminara, escuchando las faldas que se movían contra ella y el arrastre de los pies. Todavía estaba desconcertado por la amarga y repentina réplica de la muchacha. Esta había arrojado sobre él una pesadumbre que trató de disipar arreglando sus puños y los lazos de su corbata. Luego sacó del bolsillo de su chaleco un pequeño papel y echó un vistazo a los títulos que había preparado para su discurso. No se decidía por los versos de Robert Browning, pues temía que estuvieran por encima de las cabezas de sus oyentes. Sería mejor alguna cita que reconocieran de Shakespeare o de las Melodías. El repiqueteo indelicado de los tacones de los hombres y el arrastre de sus suelas le recordaron que el nivel cultural de ellos era diferente al suyo. Sólo conseguiría hacer el ridículo citándoles una poesía que no podrían entender. Pensarían que estaba aireando su educación superior. Fracasaría con ellos como había fracasado con la chica de la despensa. Había adoptado un tono

equivocado. Todo su discurso fue un error de principio a fin, un fracaso absoluto.

En ese momento, sus tías y su esposa salieron del vestidor de las damas. Sus tías eran dos ancianas pequeñas y sencillamente vestidas. La tía Julia era unos centímetros más alta. Su pelo, recogido sobre la parte superior de las orejas, era gris; y gris también, con sombras más oscuras, era su gran rostro flácido. Aunque era de complexión robusta y se mantenía erguida, sus ojos lentos y sus labios entreabiertos le daban la apariencia de una mujer que no sabía dónde estaba ni adónde iba. La tía Kate era más vivaz. Su rostro, más sano que el de su hermana, era todo arrugas y pliegues, como una manzana roja marchita, y su pelo, trenzado de la misma manera anticuada, no había perdido su color de nuez dorada.

Ambos besaron a Gabriel con franqueza. Era su sobrino favorito, el hijo de su hermana mayor fallecida, Ellen, que se había casado con T. J. Conroy, del Puerto y los Muelles.

"Gretta me ha dicho que no vas a coger un taxi para volver a Monkstown esta noche, Gabriel", dijo la tía Kate.

"No", dijo Gabriel, volviéndose hacia su esposa, "ya tuvimos bastante de eso el año pasado, ¿no es así? ¿No recuerdas, tía Kate, el frío que pasó Gretta? Las ventanillas del taxi traqueteando todo el camino, y el viento del este soplando después de pasar por Merrion. Fue muy divertido. Gretta cogió un frío espantoso".

La tía Kate frunció el ceño con severidad y asintió con la cabeza a cada palabra.

"Muy bien, Gabriel, muy bien", dijo. "Nunca se puede ser demasiado cuidadoso".

"Pero en cuanto a Gretta ahí", dijo Gabriel, "ella caminaría a casa en la nieve si la dejaran".

La señora Conroy se rió.

"No le hagas caso, tía Kate", dijo. "Realmente es una molestia terrible, con sus pantallas verdes para los ojos por la noche y haciéndole hacer mancuernas, y obligando a Eva a comer el salteado. La pobre niña. ¡Y ella simplemente odia verlo! . . . Oh, pero nunca adivinarás lo que me hace llevar ahora".

Se echó a reír y miró a su marido, cuyos ojos, admirados y felices, habían pasado del vestido a la cara y el pelo. Las dos tías también se rieron con ganas, ya que la preocupación de Gabriel era una broma permanente para ellas.

"¡Chanclos!", dijo la señora Conroy. "Eso es lo último. Siempre que hay humedad en los pies me tengo que poner los chanclos. Incluso esta noche quiso que me los pusiera, pero no quise. Lo próximo que me comprará será una escafandra".

Gabriel se rió nerviosamente y se palmeó la corbata tranquilizadamente, mientras que la tía Kate casi se dobló, tan efusivamente disfrutaba de la broma. La sonrisa pronto se desvaneció del rostro de la tía Julia y sus ojos sin alegría se dirigieron al rostro de su sobrino. Tras una pausa, preguntó:

"¿Y qué son los chanclos, Gabriel?"

"¡Chanclos, Julia!", exclamó su hermana. "Dios mío, ¿no sabes lo que son los chanclos? Los llevas sobre tus... sobre tus botas, Gretta, ¿no es así?"

"Sí", dijo la señora Conroy. "Cosas de gutapercha. Los dos tenemos un par ahora. Gabriel dice que todo el mundo las lleva en el continente".

"Oh, en el continente", murmuró la tía Julia, asintiendo lentamente con la cabeza.

Gabriel frunció las cejas y dijo, como si estuviera ligeramente enfadado:

"No es nada muy maravilloso, pero a Gretta le hace mucha gracia porque dice que la palabra le recuerda a la banda Christy Minstrels".

"Pero dime, Gabriel", dijo la tía Kate, con brío. "Por descontado, has podido ver la habitación. Gretta estaba diciendo..."

"Oh, la habitación está bien", respondió Gabriel. "He tomado una en el hotel Gresham".

"Seguramente", dijo la tía Kate, "con diferencia es lo mejor que se puede hacer. Y los niños, Gretta, ¿no estás preocupada por ellos?"

"Oh, por una noche", dijo la señora Conroy. "Además, Bessie cuidará de ellos".

"Seguro", dijo de nuevo la tía Kate. "¡Qué consuelo es tener una chica así, de la que se puede depender! Está esa Lily, estoy segura

de que no sé qué le ha pasado últimamente. No es para nada la chica que era".

Gabriel estaba a punto de hacer algunas preguntas a su tía sobre este punto, pero ella se interrumpió de repente para mirar a su hermana, que había bajado las escaleras y estaba estirando el cuello por encima de las barandillas.

"Ahora bien, te pregunto", dijo casi en tono de protesta, "¿a dónde va Julia? ¡Julia! ¡Julia! ¿Adónde vas?"

Julia, que había bajado la mitad de un piso, regresó y anunció sin aspavientos:

"Aquí está Freddy".

En el mismo momento, unas palmas y una última floritura del pianista indicaron que el vals había terminado. La puerta del salón se abrió desde dentro y salieron algunas parejas. La tía Kate apartó a Gabriel apresuradamente y le susurró al oído:

"Baja, Gabriel, como un buen compañero y mira si está bien, y no le dejes subir si está drogado. Estoy segura de que está jodido. Estoy segura de que lo está".

Gabriel fue a las escaleras y escuchó por encima de las barandillas. Pudo oír a dos personas hablando en la despensa. Entonces reconoció la risa de Freddy Malins. Bajó las escaleras ruidosamente.

"Es un gran alivio", dijo la tía Kate a la señora Conroy, "que Gabriel esté aquí. Siempre me siento más tranquila cuando él está aquí. . . . Julia, ahí está la Srta. Daly y la Srta. Power tomará un refresco. Gracias por su hermoso vals, Srta. Daly. Ha sido un momento encantador".

Un hombre alto y con cara de astuto, con un rígido bigote canoso y piel morena, que pasaba con su pareja, dijo:

"¿Y podemos tomar un refresco también, señorita Morkan?"

"Julia", dijo la tía Kate sumariamente, "y aquí están el señor Browne y la señorita Furlong. Hazlos pasar, Julia, con la señorita Daly y la señorita Power".

"Soy el encargado de las damas", dijo el señor Browne, frunciendo los labios hasta erizar el bigote y sonriendo con todas sus arrugas. "Sabe, señorita Morkan, la razón por la que me tienen tanto cariño es...".

No terminó la frase, sino que, al ver que la tía Kate estaba fuera del alcance del oído, condujo de inmediato a las tres jóvenes a la habitación del fondo. El centro de la habitación estaba ocupado por dos mesas cuadradas colocadas de extremo a extremo, y sobre ellas la tía Julia y el conserje estaban alisando y enderezando un gran paño. En el aparador había platos y fuentes, y vasos y manojos de cuchillos, tenedores y cucharas. La parte superior del piano cuadrado cerrado servía también de aparador para las viandas y los dulces. En un aparador más pequeño, situado en una esquina, había dos jóvenes de pie, bebiendo cócteles.

El señor Browne condujo a sus acompañantes hasta allí y las invitó a todas, en broma, a un poco de ponche para damas, caliente, fuerte y dulce. Como dijeron que nunca tomaban nada fuerte, abrió tres botellas de limonada para ellas. Luego pidió a uno de los jóvenes que se apartara y, cogiendo la jarra, llenó para sí una buena medida de whisky. Los jóvenes le miraron con respeto mientras él daba un sorbo de prueba.

"Que Dios me ayude", dijo sonriendo, "son órdenes del médico".

Su rostro enjuto se convirtió en una sonrisa más amplia, y las tres jóvenes rieron como un eco musical a su complacencia, balanceando sus cuerpos de un lado a otro, con nerviosas sacudidas de los hombros. La más atrevida dijo:

"Oh, ahora, señor Browne, estoy segura de que el doctor nunca ordenó nada de eso".

El señor Browne tomó otro sorbo de su whisky y dijo, con una mímica lateral:

"Bueno, ya ve, soy como la famosa señora Cassidy, de la que se dice que dijo: 'Ahora, Mary Grimes, si no lo tomo, haz que lo tome, porque siento que lo quiero'".

Su rostro acalorado se había inclinado hacia delante con demasiada confianza y había asumido un acento dublinés muy bajo, de modo que las jóvenes, con un solo gesto, acogieron su discurso en silencio. La señorita Furlong, que era una de las alumnas de Mary Jane, preguntó a la señorita Daly cómo se llamaba el bonito vals que había tocado; y el señor Browne, al verse ignorado, se dirigió con prontitud a las dos jóvenes que se mostraban más agradecidas.

Una joven con la cara roja, vestida de fuerte violeta, entró en la sala, aplaudiendo con entusiasmo y gritando:

" ¡Cuadrillas! Cuadrillas!"

Pisándole los talones llegó la tía Kate, gritando:

"¡Dos caballeros y tres damas, Mary Jane!"

"Oh, aquí están el señor Bergin y el señor Kerrigan", dijo Mary Jane. "Sr. Kerrigan, ¿puede llevar a la Srta. Power? Srta. Furlong, ¿puedo conseguirle un compañero, Sr. Bergin? Oh, eso bastará ahora".

"Tres damas, Mary Jane", dijo la tía Kate.

Los dos jóvenes caballeros preguntaron a las damas si tenían el placer, y Mary Jane se dirigió a la señorita Daly.

"Oh, señorita Daly, es usted realmente muy buena, después de haber tocado en los dos últimos bailes, pero realmente estamos muy escasos de damas esta noche".

"No me importa en absoluto, Srta. Morkan".

"Pero tengo un buen compañero para usted, el Sr. Bartell D'Arcy, el tenor. Le haré cantar más tarde. Todo Dublín habla maravillas de él".

"¡Encantadora voz, encantadora voz!", dijo la tía Kate.

Cuando el piano había iniciado dos veces el prelude de la primera figura, Mary Jane condujo a sus reclutas rápidamente fuera de la habitación. Apenas se habían ido cuando la tía Julia entró lentamente en la habitación, mirando algo detrás de ella.

"¿Qué ocurre, Julia?", preguntó la tía Kate con ansiedad. "¿Quién es?"

Julia, que llevaba una columna de servilletas, se volvió hacia su hermana y dijo, simplemente, como si la pregunta la hubiera sorprendido

" Es sólo Freddy, Kate, y Gabriel está con él".

De hecho, justo detrás de ella se podía ver a Gabriel pilotando a Freddy Malins por el rellano. Este último, un joven de unos cuarenta años, era de la talla y complexión de Gabriel, con los hombros muy redondos. Su rostro era carnoso y pálido, con un toque de color sólo en los gruesos lóbulos colgantes de sus orejas y en las anchas alas de su nariz. Tenía unos rasgos toscos, una nariz roma, una frente convexa y retraída, unos labios tumefactos y sobresalientes. Sus

ojos pesados y el desorden de su escaso cabello le daban un aspecto somnoliento. Se reía a carcajadas de una historia que le había contado a Gabriel en las escaleras y, al mismo tiempo, se frotaba los nudillos del puño izquierdo hacia adelante y hacia atrás en el ojo izquierdo.

"Buenas noches, Freddy", dijo la tía Julia.

Freddy Malins dio las buenas tardes a las señoras Morkan de una manera que parecía poco seria, debido al habitual tono de voz que tenía, y luego, al ver que el señor Browne le sonreía desde el aparador, cruzó la habitación con las piernas algo temblorosas y empezó a repetir en voz baja la historia que acababa de contar a Gabriel.

"No es tan malo, ¿verdad?", dijo la tía Kate a Gabriel.

Las cejas de Gabriel estaban oscuras pero las levantó rápidamente y contestó

"Oh, no, apenas se nota".

"Ahora bien, ¿no es un tipo terrible!", dijo ella. "Y su pobre madre le hizo tomar la promesa en la víspera de Año Nuevo. Pero vamos, Gabriel, al salón".

Antes de salir de la habitación con Gabriel, le hizo una señal al señor Browne frunciendo el ceño y agitando el dedo índice en señal de advertencia. El señor Browne asintió en respuesta y, cuando ella se hubo ido, le dijo a Freddy Malins:

"Ahora, pues, Teddy, voy a llenarte un buen vaso de limonada para animarte".

Freddy Malins, que se acercaba al clímax de su historia, apartó la oferta con impaciencia, pero el señor Browne, tras llamar primero la atención de Freddy Malins sobre un desaliño en su vestimenta, relleno y le entregó un vaso lleno de limonada. La mano izquierda de Freddy Malins aceptó el vaso mecánicamente, ya que la derecha estaba ocupada en el reajuste automático de su traje. El señor Browne, cuyo rostro volvía a arrugarse de alegría, se sirvió un vaso de whisky mientras Freddy Malins estallaba, antes de haber llegado al clímax de su historia, en una carcajada broncínea aguda y, dejando el vaso sin probar y desbordado, comenzó a frotarse los nudillos del puño izquierdo hacia adelante y hacia atrás en el ojo

izquierdo, repitiendo las palabras de su última frase tan bien como su ataque de risa se lo permitía.

Gabriel no podía escuchar mientras Mary Jane tocaba su pieza de la Academia, llena de ejecuciones y pasajes difíciles, en la silenciosa sala de dibujo. Le gustaba la música, pero la pieza que estaba tocando no tenía melodía para él y dudaba que la tuviera para los demás oyentes, aunque le habían rogado que tocara algo. Cuatro jóvenes, que habían venido de la sala de refrescos para pararse en la puerta al oír el sonido del piano, se habían marchado tranquilamente en parejas al cabo de unos minutos. Las únicas personas que parecían seguir la música eran la propia Mary Jane, cuyas manos corrían por el teclado o se levantaban de él en las pausas como las de una sacerdotisa en una imprecación momentánea, y la tía Kate, que estaba junto a ella para pasar la página.

Los ojos de Gabriel, irritados por el suelo, que brillaba con cera de abeja bajo la pesada lámpara de araña, se dirigieron a la pared que había sobre el piano. Allí colgaba un cuadro de la escena del balcón de Romeo y Julieta y, junto a él, un cuadro de los dos príncipes asesinados en la Torre que la tía Julia había trabajado en lana roja, azul y marrón cuando era niña. Probablemente en la escuela a la que habían ido de niñas se había enseñado ese tipo de trabajo durante un año. Su madre había elaborado para él, como regalo de cumpleaños, un chaleco de tabinet púrpura, con pequeñas cabezas de zorro, forrado de raso marrón y con botones redondos de morera. Era extraño que su madre no tuviera talento musical, aunque la tía Kate solía llamarla la encargada del cerebro de la familia Morkan. Tanto ella como Julia siempre habían parecido un tanto orgullosas de su seria y matrona hermana. Su fotografía estaba ante el espejo de muelle. Tenía un libro abierto sobre las rodillas y le señalaba algo a Constantine que, vestido con un traje de hombre de guerra, estaba a sus pies. Era ella quien había elegido los nombres de sus hijos, pues era muy sensible a la dignidad de la vida familiar. Gracias a ella, Constantine era ahora vicario mayor en Balbriggan y, gracias a ella, el propio Gabriel se había licenciado en la Real Universidad. Una sombra pasó por su rostro al recordar la hosca oposición de

ella a su matrimonio. Algunas frases despectivas que ella había utilizado todavía le hacían mella en la memoria; una vez había hablado de Gretta como si fuera una chica de campo y eso no era cierto en absoluto. Fue Gretta quien la cuidó durante su última y larga enfermedad en su casa de Monkstown.

Sabía que Mary Jane debía de estar a punto de terminar su pieza porque estaba tocando de nuevo la melodía inicial con escalas después de cada compás y, mientras esperaba el final, el rencor se apagó en su corazón. La pieza terminó con un trino de octavas en los agudos y una profunda octava final en los bajos. Un gran aplauso saludó a Mary Jane mientras, sonrojada y enrollando su partitura nerviosamente, escapaba de la sala. Los aplausos más vigorosos vinieron de los cuatro jóvenes que estaban en la puerta y que se habían alejado a la sala de refrescos al principio de la pieza, pero que habían regresado cuando el piano se detuvo.

Se dispusieron las parejas de baile. Gabriel se encontró en pareja con la señorita Ivors. Era una joven franca y habladora, con una cara pecosa y ojos marrones prominentes. No llevaba un corpiño escotado y el gran broche que llevaba fijado en la parte delantera del cuello de la camisa llevaba un emblema y un lema irlandeses.

Cuando hubieron ocupado sus puestos, dijo bruscamente:

"Tengo que hablar contigo".

"¿Conmigo?", dijo Gabriel.

Ella asintió con la cabeza.

"¿De qué se trata?", preguntó Gabriel, sonriendo ante su actitud solemne.

"¿Quién es G. C.?", respondió la señorita Ivors, volviendo los ojos hacia él.

Gabriel se puso colorado y estaba a punto de fruncir las cejas, como si no entendiera, cuando ella dijo sin rodeos

"¡Oh, claro que sí! He descubierto que escribes para el Daily Express. ¿No te da vergüenza?"

"¿Por qué habría de avergonzarme?", preguntó Gabriel, parpadeando y tratando de sonreír.

"Bueno, yo me avergüenzo de ti", dijo la señorita Ivors con franqueza. " El hecho de decir que escribirías para un periódico de esa manera. No pensé que fueras un simpatizante de Inglaterra".

Una mirada de perplejidad apareció en el rostro de Gabriel. Era cierto que escribía una columna literaria todos los miércoles en The Daily Express, por la que le pagaban quince chelines. Pero eso no lo convertía ciertamente en un simpatizante de Inglaterra. Los libros que recibía para reseñar eran casi más bienvenidos que el mísero cheque. Le encantaba palpar las tapas y pasar las páginas de los libros recién impresos. Casi todos los días, cuando terminaba sus clases en el colegio, solía pasear por los muelles hasta las librerías de segunda mano, en Hickey's, en Bachelor's Walk, en Webb's o Massey's, en Aston's Quay, o en O'Clohissey's, en la calle principal. No sabía cómo responder a su acusación. Quería decir que la literatura estaba por encima de la política. Pero eran amigos de muchos años y sus carreras habían sido paralelas, primero en la Universidad y luego como profesores: no podía arriesgarse a una frase grandilocuente con ella. Siguió parpadeando y tratando de sonreír y murmuró sin ganas que no veía nada político en escribir reseñas de libros.

Cuando llegó su turno de cruzar, seguía perplejo y sin prestar atención. La señorita Ivors le cogió rápidamente la mano con un cálido apretón y le dijo en un suave tono amistoso

"Por supuesto, sólo estaba bromeando. Vamos, ahora cruzamos".

Cuando volvieron a estar juntos, ella habló de la cuestión de la Universidad y Gabriel se sintió más tranquilo. Un amigo suyo le había enseñado su reseña de los poemas de Browning. Así fue como descubrió el secreto: pero la reseña le gustó mucho. Entonces dijo de repente:

"Oh, Sr. Conroy, ¿va a venir de excursión a las Islas Aran este verano? Nos quedaremos allí un mes entero. Será espléndido en el Atlántico. Debería venir. El Sr. Clancy vendrá, y el Sr. Kilkelly y Kathleen Kearney. También sería espléndido para Gretta si viniera. Ella es de Connacht, ¿no?"

"Su familia lo es", dijo Gabriel brevemente.

"Pero vendrá, ¿no es así?", dijo la señorita Ivors, poniendo su cálida mano en el brazo de él con impaciencia.

"El hecho es", dijo Gabriel, "que acabo de organizar para ir..."

"¿Ir a dónde?", preguntó la señorita Ivors.

"Bueno, ya sabes, todos los años me voy de excursión en bicicleta con algunos compañeros y así..."

"¿Pero dónde?", preguntó la señorita Ivors.

"Bueno, solemos ir a Francia o a Bélgica o quizás a Alemania", dijo Gabriel torpemente.

"¿Y por qué vais a Francia y a Bélgica", dijo la señorita Ivors, "en lugar de visitar vuestra propia tierra?"

"Bueno", dijo Gabriel, "es en parte para mantener el contacto con los idiomas y en parte para variar".

"¿Y no tienes tu propia lengua para mantener el contacto con el irlandés?", preguntó la señorita Ivors.

"Bueno", dijo Gabriel, "si se trata de eso, ya sabes, el irlandés no es mi idioma".

Sus vecinos se habían vuelto para escuchar el interrogatorio. Gabriel miraba nervioso a derecha e izquierda y trataba de mantener su buen humor bajo la prueba que estaba haciendo que un rubor invadiera su frente.

"¿Y no tienes tu propia tierra que visitar", continuó la señorita Ivors, "de la que no sabes nada, tu propia gente y tu propio país?"

"Oh, a decir verdad", replicó Gabriel de repente, "estoy harto de mi propio país, ¡harto de él!"

"¿Por qué?", preguntó la señorita Ivors.

Gabriel no contestó porque su réplica le había calentado.

"¿Por qué?", repitió la señorita Ivors.

Tuvieron que cruzar unas parejas con otras y, como él no le había contestado, la señorita Ivors le dijo calurosamente

"Por supuesto, no tienes respuesta".

Gabriel trató de disimular su agitación participando en el baile con gran energía. Evitó sus ojos porque había visto una expresión agría en su rostro. Pero cuando se encontraron en otra formación de baile se sorprendió al sentir su mano firmemente presionada. Ella le miró por debajo de las cejas durante un momento, de forma incrédula, hasta que él sonrió. Entonces, justo cuando esa parte del baile estaba a punto de comenzar de nuevo, ella se puso de puntillas y le susurró al oído:

"¡Simpatizante de Inglaterra!"

Cuando los bailarines terminaron, Gabriel se fue a un rincón apartado de la habitación donde estaba sentada la madre de Freddy Malins. Era una anciana robusta y débil, con el pelo blanco. Su voz era tan aguda como la de su hijo y tartamudeaba ligeramente. Le habían dicho que Freddy había venido y que estaba prácticamente bien. Gabriel le preguntó si había tenido una buena travesía. Ella vivía con su hija casada en Glasgow y venía a Dublín de visita una vez al año. Contestó plácidamente que había tenido una bonita travesía y que el capitán había sido muy atento con ella. Habló también de la hermosa casa que su hija tenía en Glasgow, y de todos los amigos que tenían allí. Mientras su lengua divagaba, Gabriel trató de desterrar de su mente todo recuerdo del desagradable incidente con la señorita Ivors. Por supuesto que la chica o la mujer, o lo que fuera, era una entusiasta, pero había un momento para todas las cosas. Tal vez no debería haberle contestado así. Pero ella no tenía derecho a llamarle simpaticante de Inglaterra ante la gente, ni siquiera en broma. Ella había intentado ridiculizarlo ante la gente, abroncándolo y mirándolo fijamente con sus ojos de conejo.

Vio que su mujer se abría paso hacia él entre las parejas que bailaban el vals. Cuando lo alcanzó, le dijo al oído:

"Gabriel, la tía Kate quiere saber si no vas a trinchar el ganso como siempre. La señorita Daly trinchará el jamón y yo haré el pudín".

"De acuerdo", dijo Gabriel.

"Ella va a mandar a los más jóvenes primero en cuanto termine este vals para que así tengamos la mesa para nosotros".

"¿Estabas bailando?" preguntó Gabriel.

"Por supuesto que sí. ¿No me has visto? ¿Qué pelea tuviste con Molly Ivors?"

"No hubo ninguna disputa. ¿Por qué? ¿Lo dijo ella?"

"Algo así. Estoy tratando de hacer cantar a ese Sr. D'Arcy. Está lleno de orgullo, creo".

"No hubo ninguna discusión", dijo Gabriel con mal humor, "sólo que ella quería que me fuera de viaje al oeste de Irlanda y yo dije que no lo haría".

Su esposa juntó las manos con entusiasmo y dio un pequeño salto.

"Oh, vete, Gabriel", gritó. "Me encantaría volver a ver Galway".

"Puedes ir si quieres", dijo Gabriel con frialdad.

Ella lo miró por un momento, luego se volvió hacia la señora Malins y dijo:

"Hay un buen marido para usted, Sra. Malins".

Mientras volvía a enhebrar su camino por la habitación, la señora Malins, sin reparar en la interrupción, continuó contándole a Gabriel los hermosos lugares que había en Escocia y los bellos paisajes. Su yerno los llevaba todos los años a los lagos y solían ir a pescar. Su yerno era un pescador espléndido. Un día pescó un hermoso y gran pez y el hombre del hotel lo cocinó para la cena.

Gabriel apenas escuchó lo que ella decía. Ahora que se acercaba la cena empezó a pensar de nuevo en su discurso y en la cita. Cuando vio que Freddy Malins cruzaba la habitación para visitar a su madre, Gabriel dejó la silla libre para él y se retiró al hueco de la ventana. La sala ya se había despejado y desde el salón trasero llegaba el ruido de platos y cuchillos. Los que aún permanecían en el salón parecían cansados de bailar y conversaban tranquilamente en pequeños grupos. Los cálidos y temblorosos dedos de Gabriel tocaron el frío cristal de la ventana. ¡Qué fresco debe hacer fuera! ¡Qué agradable sería salir a pasear solo, primero junto al río y luego por el parque! La nieve se posaría en las ramas de los árboles y formaría una capa brillante en la cima del monumento a Wellington. ¡Cuánto más agradable sería allí que en la mesa de la cena!

Repasó los títulos de su discurso: La hospitalidad irlandesa, los recuerdos tristes, las Tres Gracias, París, la cita de Browning. Repitió para sí mismo una frase que había escrito en su reseña: "Uno siente que está escuchando una música atormentada por el pensamiento". La señorita Ivors había elogiado la reseña. ¿Era sincera? ¿Tenía realmente alguna vivencia propia detrás de todo su propagandismo? Nunca había habido malos sentimientos entre ellos hasta esa noche. Le inquietaba pensar que ella estaría en la mesa de la cena, mirándole mientras él hablaba con sus ojos críticos e inquisitivos. Tal vez ella no lamentaría verle fracasar en su discurso. Una idea le vino a la mente y le dio valor. Diría, aludiendo a la tía

Kate y a la tía Julia: "Señoras y señores, la generación que ahora está en decadencia entre nosotros puede haber tenido sus defectos, pero por mi parte creo que tenía ciertas cualidades de hospitalidad, de humor, de humanidad, de las que me parece que carece la nueva y muy seria e hipereducada generación que está creciendo a nuestro alrededor." Muy bien: esa era una para la señorita Ivors. ¿Qué le importaba que sus tías fueran sólo dos viejas ignorantes?

Un murmullo en la sala atrajo su atención. El señor Browne avanzaba desde la puerta, escoltando galantemente a la tía Julia, que se apoyaba en su brazo, sonriendo y colgando la cabeza. Una musiquilla irregular de aplausos la acompañó también hasta el piano y luego, cuando Mary Jane se sentó en el taburete, y la tía Julia, ya sin sonreír, se medio giró para que su voz llegara con claridad a la sala, cesó gradualmente. Gabriel reconoció el preludio. Era el de una vieja canción de la tía Julia -*Arrayed for the Bridal*-. Su voz, de tono fuerte y claro, atacaba con gran brío las corridas que embellecen el aire y, aunque cantaba muy rápidamente, no se perdía ni la más pequeña de las notas de adorno. Seguir la voz, sin mirar la cara de la cantante, era sentir y compartir la emoción de un vuelo rápido y seguro. Gabriel aplaudió fuertemente con todos los demás al final de la canción y los fuertes aplausos llegaron desde la invisible mesa de la cena. Sonó tan genuino que un poco de color apareció en el rostro de la tía Julia cuando se inclinó para volver a colocar en el atril el viejo cancionero encuadernado en cuero que tenía sus iniciales en la portada. Freddy Malins, que había escuchado con la cabeza inclinada hacia un lado para oírla mejor, seguía aplaudiendo cuando todos los demás habían cesado y hablaba animadamente con su madre, que asentía grave y lentamente con la cabeza. Por fin, cuando ya no pudo aplaudir más, se levantó de golpe y se apresuró a cruzar la sala hacia la tía Julia, cuya mano agarró y estrechó con las dos, sacudiéndola cuando las palabras le fallaban o la conmoción de su voz era demasiado para él.

"Estaba diciéndole a mi madre -dijo- que nunca te había oído cantar tan bien, nunca. No, nunca he oído tu voz tan bien como esta noche. ¡Ahora! ¿Podrías creerlo ahora? Es la verdad. Por mi palabra

y honor que es la verdad. Nunca he oído tu voz tan fresca y tan... tan clara y fresca, nunca".

La tía Julia sonrió ampliamente y murmuró algo acerca de los cumplidos mientras soltaba su mano de su agarre. El señor Browne extendió su mano abierta hacia ella y dijo a los que estaban cerca de él a la manera de un showman que presenta a un prodigio ante el público

"¡La señorita Julia Morkan, mi último descubrimiento!"

Él mismo se estaba riendo a carcajadas cuando Freddy Malins se volvió hacia él y le dijo:

"Bueno, Browne, si hablas en serio podrías hacer un descubrimiento peor. Todo lo que puedo decir es que nunca la he oído cantar ni la mitad de bien desde que llegué aquí. Y esa es la pura verdad".

"Yo tampoco", dijo el señor Browne. "Creo que su voz ha mejorado mucho".

La tía Julia se encogió de hombros y dijo con manso orgullo

"Hace treinta años no tenía una mala calidad de voz en lo que a voces se refiere".

"A menudo le decía a Julia", dijo la tía Kate con énfasis, "que en ese coro estaba sencillamente desperdiciada. Pero nunca se lo diría yo".

Se volvió como para apelar al buen sentido de los demás contra una niña rebelde, mientras la tía Julia miraba al frente, con una vaga sonrisa de reminiscencia jugando en su rostro.

"No", continuó la tía Kate, "no se dejaba decir ni dirigir por nadie, esclavizándose allí en ese coro noche y día, noche y día. ¡A las seis de la mañana de Navidad! ¿Y todo para qué?"

"Bueno, ¿no es por el honor de Dios, tía Kate?", preguntó Mary Jane, girando sobre el taburete del piano y sonriendo.

La tía Kate se volvió ferozmente hacia su sobrina y dijo:

"Sé todo sobre el honor de Dios, Mary Jane, pero creo que no es nada honorable que el Papa eche a las mujeres de los coros que han trabajado como esclavas toda su vida y ponga a los niños de la escuela sobre sus cabezas. Supongo que es por el bien de la Iglesia si el Papa lo hace. Pero no es justo, Mary Jane, y no es correcto".

Se había apasionado y habría continuado defendiendo a su hermana, ya que era un tema delicado para ella, pero Mary Jane, al ver que todas las bailarinas habían vuelto, intervino pacíficamente:

"Ahora, tía Kate, estás dando un escándalo al señor Browne, que es de la otra corriente".

La tía Kate se volvió hacia el señor Browne, que sonreía ante esta alusión a su religión, y dijo apresuradamente

"Oh, yo no cuestiono que el Papa tenga razón. Sólo soy una vieja estúpida y no me atrevería a hacer tal cosa. Pero hay una cosa que es la cortesía y la gratitud común y corriente. Y si yo estuviera en el lugar de Julia, le diría a ese padre Healey en la cara..."

"Y además, tía Kate", dijo Mary Jane, "realmente todos tenemos hambre y cuando tenemos hambre somos muy pendencieros".

"Y cuando tenemos sed también somos pendencieros", añadió el señor Browne.

"Así que será mejor que vayamos a cenar", dijo Mary Jane, "y terminemos la discusión después".

En el rellano del salón, Gabriel encontró a su esposa y a Mary Jane tratando de convencer a la señorita Ivors de que se quedara a cenar. Pero la señorita Ivors, que se había puesto el sombrero y se estaba abrochando la capa, no quiso quedarse. No tenía el menor apetito y ya se había excedido en el tiempo.

"Pero sólo diez minutos, Molly", dijo la señora Conroy. "Eso no te retrasará".

"Para tomar un bocado cualquiera", dijo Mary Jane, "después de todo tu baile".

"Realmente no podría", dijo la señorita Ivors.

"Me temo que no te has divertido en absoluto", dijo Mary Jane sin remedio.

"Mucho, te lo aseguro", dijo Miss Ivors, "pero realmente debes dejarme ir ahora".

"¿Pero cómo vas a llegar a casa?", preguntó la señora Conroy.

"Oh, son sólo dos pasos hasta el muelle".

Gabriel dudó un momento y dijo:

"Si me permite, señorita Ivors, la acompañaré a casa si está realmente obligada a ir".

Pero la señorita Ivors se separó de ellos.

"No quiero ni oírlo", gritó. "Por el amor de Dios, vayan a cenar y no se preocupen por mí. Soy bastante capaz de cuidar de mí misma".

"Bueno, tú eres la chica cómica, Molly", dijo la señora Conroy con franqueza.

"Bendiciones para todos", gritó la señorita Ivors en irlandés, con una carcajada, mientras bajaba corriendo la escalera.

Mary Jane la persiguió con una expresión de perplejidad en su rostro, mientras la señora Conroy se inclinaba sobre las barandillas para escuchar la puerta del vestíbulo. Gabriel se preguntó si él era la causa de su abrupta partida. Pero ella no parecía estar de mal humor: se había ido riendo. Se quedó con la mirada perdida en la escalera.

En ese momento, la tía Kate salió caminando del comedor, casi retorciéndose las manos por la desesperación.

"¿Dónde está Gabriel?", gritó. "¿Dónde está Gabriel? Está todo el mundo esperando ahí dentro, con un escenario abierto, ¡y nadie para trinchar el ganso!"

"¡Aquí estoy, tía Kate!" gritó Gabriel, con súbita animación, "listo para trinchar una bandada de gansos, si es necesario".

En un extremo de la mesa había un gordo ganso dorado, y en el otro, sobre un lecho de papel arrugado y salpicado de ramitas de perejil, un gran jamón, desprovisto de su piel exterior y salpicado de migas de corteza, con un prolijo adorno de papel alrededor de la paleta, y junto a él, un redondo de carne de vaca especiada. Entre estos extremos opuestos había líneas paralelas de platos de acompañamiento: dos pequeños platos de gelatina, roja y amarilla; un plato poco profundo lleno de manzanas blancas y mermelada roja, un gran plato verde en forma de hoja con un asa en forma de tallo, en el que había racimos de pasas de color púrpura y almendras peladas, un plato complementario en el que había un sólido rectángulo de higos de Esmirna, un plato de natillas cubierto con nuez moscada rallada, un pequeño cuenco lleno de chocolates y dulces envueltos en papeles dorados y plateados y un jarrón de cristal en el que había unos altos tallos de apio. En el centro de la mesa se encontraban, como centinelas de un frutero que sostenía una pirámide de naranjas y manzanas americanas, dos

decantadores anticuados de cristal tallado, uno con oporto y el otro con jerez oscuro. Sobre el piano cuadrado cerrado aguardaba un budín en un enorme plato amarillo y detrás de él había tres escuadras de botellas de cerveza negra y de cerveza mineral, dispuestas según los colores de sus uniformes, las dos primeras negras, con etiquetas marrones y rojas, la tercera y más pequeña escuadra blanca, con fajas transversales verdes.

Gabriel tomó asiento con valentía en la cabecera de la mesa y, tras mirar al borde del trinchante, clavó el tenedor con firmeza en la oca. Ahora se sentía muy a gusto, pues era un experto trinchador y nada le gustaba más que encontrarse a la cabeza de una mesa bien cargada.

"Señorita Furlong, ¿qué le sirvo?", preguntó. "¿Un ala o un trozo de pechuga?"

"Sólo una pequeña rebanada de la pechuga".

"Srta. Higgins, ¿qué desea usted?"

"Oh, cualquier cosa, Sr. Conroy".

Mientras Gabriel y la señorita Daly intercambiaban platos de ganso y platos de jamón y ternera especiada, Lily iba de invitado en invitado con un plato de patatas harinosas calientes envueltas en una servilleta blanca. Ésta era la idea de Mary Jane y también había sugerido salsa de manzana para el ganso, pero la tía Kate había dicho que el ganso asado sin salsa de manzana siempre le había parecido suficientemente bueno y esperaba que nunca comiera algo peor. Mary Jane atendió a sus alumnos y se ocupó de que recibieran los mejores trozos, y la tía Kate y la tía Julia abrieron y llevaron al otro lado del piano botellas de cerveza negra y cerveza rubia para los caballeros y botellas de minerales para las damas. Hubo mucha confusión, risas y ruido, ruido de órdenes y contraórdenes, de cuchillos y tenedores, de corchos y tapones de vidrio. Gabriel se puso a trinchar segundas raciones en cuanto terminó la primera ronda sin servirse. Todo el mundo protestó en voz alta, por lo que él se comprometió a tomar un largo trago de cerveza, ya que había considerado que el trinchado era un trabajo muy arduo. Mary Jane se sentó tranquilamente a cenar, pero la tía Kate y la tía Julia seguían dando vueltas alrededor de la mesa, pisándose los talones la una a la otra, estorbándose mutuamente y

dándose órdenes desatendidas. El señor Browne les rogó que se sentaran a cenar y lo mismo hizo Gabriel, pero ellas dijeron que había tiempo suficiente, de modo que, por fin, Freddy Malins se levantó y, cogiendo a la tía Kate, la acomodó en su silla en medio de la risa general.

Cuando todo el mundo estuvo bien servido, Gabriel dijo, sonriendo:

"Ahora, si alguien quiere un poco más de lo que la gente vulgar llama relleno, que hable".

Un coro de voces le invitó a comenzar su propia cena y Lily se adelantó con tres patatas que había reservado para él.

"Muy bien", dijo Gabriel amablemente, mientras tomaba otro trago preparatorio, "tengan la amabilidad de olvidar mi existencia, señoras y señores, durante unos minutos".

Se puso a cenar y no tomó parte en la conversación con la que la mesa cubrió la retirada de los platos por parte de Lily. El tema de conversación era la compañía de ópera que se encontraba en ese momento en el Teatro Real. El Sr. Bartell D'Arcy, el tenor, un joven de complexión oscura con un elegante bigote, elogió mucho a la contralto principal de la compañía, pero la Srta. Furlong pensaba que tenía un estilo de producción bastante vulgar. Freddy Malins dijo que había un jefe negro que cantaba en la segunda parte de la pantomima de Gaiety y que tenía una de las mejores voces de tenor que había oído nunca.

"¿Lo ha escuchado?", le preguntó al Sr. Bartell D'Arcy al otro lado de la mesa.

"No", contestó el señor Bartell D'Arcy sin darle importancia.

"Porque", explicó Freddy Malins, "ahora tendría curiosidad por conocer su opinión sobre él. Creo que tiene una gran voz".

"Hace falta tener a Teddy para descubrir las cosas realmente buenas", dijo familiarmente el señor Browne a la mesa.

"¿Y por qué no puede tener él también una voz?", preguntó Freddy Malins secamente. "¿Es porque sólo es un negro?".

Nadie respondió a esta pregunta y Mary Jane volvió a dirigir la mesa hacia la ópera legítima. Una de sus alumnas le había dado un pase para Mignon. Por supuesto que estaba muy bien, dijo, pero le hizo pensar en la pobre Georgina Burns. El señor Browne podía

remontarse aún más atrás, a las antiguas compañías italianas que solían venir a Dublín: Tietjens, Ilma de Murzka, Campanini, el gran Trebelli Giuglini, Ravelli, Aramburo. Eran los días, dijo, en los que se escuchaba algo parecido al canto en Dublín. Contó también cómo la galería superior del viejo Royal solía llenarse noche tras noche, cómo una noche un tenor italiano había cantado cinco bises de Let me like a Soldier fall, introduciendo un do agudo cada vez, y cómo los chicos de la galería a veces, en su entusiasmo, desenganchaban los caballos del carruaje de alguna gran prima donna y la llevaban ellos mismos por las calles hasta su hotel. ¿Por qué no se interpretan ahora las grandes óperas antiguas, preguntó, Dinorah, Lucrezia Borgia? Porque no podían conseguir las voces para cantarlas: esa era la razón".

"Oh, bueno", dijo el Sr. Bartell D'Arcy, "supongo que hay tan buenos cantantes hoy en día como los había entonces".

"¿Dónde están?", preguntó desafiante el señor Browne.

"En Londres, en París, en Milán", dijo el señor Bartell D'Arcy con entusiasmo. "Supongo que Caruso, por ejemplo, es tan bueno, si no mejor, que cualquiera de los hombres que ha mencionado".

"Puede que sí", dijo el señor Browne. "Pero puedo decirle que lo dudo mucho".

"Oh, daría cualquier cosa por oír cantar a Caruso", dijo Mary Jane.

"Para mí", dijo la tía Kate, que había estado hurgando en un hueso, "sólo había un tenor. Para complacerme, quiero decir. Pero supongo que ninguno de ustedes ha oído hablar de él".

"¿Quién era, señorita Morkan?", preguntó cortésmente el señor Bartell D'Arcy.

"Su nombre", dijo la tía Kate, "era Parkinson. Lo escuché cuando estaba en la flor de la vida y creo que tenía entonces la voz de tenor más pura que jamás se haya puesto en la garganta de un hombre."

"Qué raro", dijo el señor Bartell D'Arcy. "Nunca había oído hablar de él".

"Sí, sí, la señorita Morkan tiene razón", dijo el señor Browne. "Recuerdo haber oído hablar del viejo Parkinson, pero es demasiado antiguo para mí".

"Un hermoso, puro, dulce y meloso tenor inglés", dijo la tía Kate con entusiasmo.

Una vez que Gabriel terminó, el enorme pudín fue trasladado a la mesa. El traqueteo de tenedores y cucharas comenzó de nuevo. La esposa de Gabriel sirvió cucharadas de pudín y pasó los platos por la mesa. A mitad de camino los sostenía Mary Jane, que los reponía con mermelada de frambuesa o naranja o con dulce de leche y mermelada. El pudín era obra de la tía Julia y recibía elogios de todas partes. Ella misma dijo que no estaba lo suficientemente dorado.

"Bueno, espero, señorita Morkan", dijo el señor Browne, "que sea lo suficientemente marrón para usted porque, ya sabe, yo soy todo marrón".

Todos los caballeros, excepto Gabriel, comieron un poco del pudín por cortesía de la tía Julia. Como Gabriel nunca comía dulces, el apio se había dejado para él. Freddy Malins también tomó un tallo de apio y lo comió con su pudín. Le habían dicho que el apio era algo capital para la sangre y en ese momento estaba bajo el cuidado del médico. La señora Malins, que había permanecido en silencio durante toda la cena, dijo que su hijo iba a bajar a Mount Melleray dentro de una semana más o menos. La mesa habló entonces de Mount Melleray, de lo estimulante que era el aire allí abajo, de lo hospitalarios que eran los monjes y de cómo nunca pedían un penique a sus invitados.

"¿Y quiere usted decir", preguntó incrédulo el señor Browne, "que un tipo puede ir allí y alojarse como si fuera un hotel y vivir de la riqueza de la tierra y luego marcharse sin pagar nada?".

"Oh, la mayoría de la gente da alguna donación al monasterio cuando se va", dijo Mary Jane.

"Ojalá tuviéramos una institución así en nuestra Iglesia", dijo cándidamente el señor Browne.

Se asombró al saber que los monjes no hablaban nunca, se levantaban a las dos de la mañana y dormían en sus ataúdes. Preguntó por qué lo hacían.

"Es la regla de la orden", dijo la tía Kate con firmeza.

"Sí, pero ¿por qué?", preguntó el señor Browne.

La tía Kate repitió que era la regla, eso era todo. El señor Browne parecía seguir sin entender. Freddy Malins le explicó, lo mejor que pudo, que los monjes intentaban compensar los pecados cometidos

por todos los pecadores del mundo exterior. La explicación no fue muy clara porque el señor Browne sonrió y dijo

"Me gusta mucho esa idea, pero ¿no les vendría tan bien una cómoda cama de muelles como un ataúd?"

"El ataúd", dijo Mary Jane, "es para recordarles su último fin".

Como el tema se había vuelto lúgubre, quedó enterrado en un silencio de la mesa durante el cual se oyó a la señora Malins decir a su vecina en un tono indistinto

"Son muy buenos hombres, los monjes, muy piadosos".

Las pasas y las almendras y los higos y las manzanas y las naranjas y los chocolates y los dulces se repartieron ahora por la mesa y la tía Julia invitó a todos los invitados a tomar oporto o jerez. Al principio el señor Bartell D'Arcy se negó a tomar ninguno de los dos, pero uno de sus vecinos le dio un codazo y le susurró algo, tras lo cual permitió que le llenaran la copa. Poco a poco, mientras se llenaban las últimas copas, la conversación cesó. Siguió una pausa, sólo interrumpida por el ruido del vino y por el movimiento de las sillas. Las tres señoras Morkan miraron el mantel. Alguien tosió una o dos veces y luego unos señores dieron una suave palmada en la mesa como señal de silencio. Se hizo el silencio y Gabriel echó su silla hacia atrás y se levantó.

Las palmaditas se hicieron más fuertes y luego cesaron. Gabriel apoyó sus diez dedos temblorosos en el mantel y sonrió nerviosamente a la compañía. Al encontrarse con una hilera de rostros levantados, levantó los ojos hacia la lámpara de araña. El piano estaba tocando una melodía de vals y podía oír el movimiento de las faldas contra la puerta del salón. La gente, tal vez, estaba de pie en la nieve del muelle, mirando las ventanas iluminadas y escuchando la música del vals. El aire era puro allí. A lo lejos estaba el parque, donde los árboles estaban cargados de nieve. El monumento a Wellington lucía un gorro de nieve reluciente que brillaba hacia el oeste sobre el campo blanco de los Quince Acres.

Comenzó:

"Señoras y señores,

"Me ha tocado esta noche, como en años anteriores, realizar una tarea muy agradable, pero una tarea para la que me temo que mis pobres poderes como orador son demasiado inadecuados".

"¡No, no!", dijo el señor Browne.

"Pero, sea como sea, sólo puedo pedirles que esta noche tomen la voluntad por el hecho y me presten su atención durante unos momentos mientras me esfuerzo por expresarles con palabras cuáles son mis sentimientos en esta ocasión".

"Señoras y señores, no es la primera vez que nos reunimos bajo este techo hospitalario, alrededor de este tablero hospitalario. No es la primera vez que hemos sido los receptores -o quizás, mejor dicho, las víctimas- de la hospitalidad de ciertas buenas damas".

Hizo un círculo en el aire con el brazo y se detuvo. Todo el mundo se rió o sonrió a la tía Kate y a la tía Julia y a Mary Jane, que se pusieron coloradas de alegría. Gabriel continuó con más audacia:

"Cada año que pasa siento con más fuerza que nuestro país no tiene ninguna tradición que le honre tanto y que deba guardar tan celosamente como la de su hospitalidad. Es una tradición única, según mi experiencia (y he visitado no pocos lugares en el extranjero), entre las naciones modernas. Algunos dirán, tal vez, que entre nosotros es más bien un defecto que algo de lo que se pueda presumir. Pero incluso eso, es, en mi opinión, un defecto principesco, y uno que confío en que se cultivará durante mucho tiempo entre nosotros. De una cosa, al menos, estoy seguro. Mientras este techo acoja a las buenas damas antes mencionadas - y deseo de todo corazón que lo haga durante muchos y largos años-, la tradición de la genuina y cálida hospitalidad irlandesa, que nuestros antepasados nos han transmitido y que nosotros a su vez debemos transmitir a nuestros descendientes, sigue viva entre nosotros."

Un cordial murmullo de asentimiento recorrió la mesa. A Gabriel se le pasó por la cabeza que la señorita Ivors no estaba allí y que se había marchado descortésmente: y dijo con confianza en sí mismo

"Señoras y señores,

"Una nueva generación está creciendo en nuestro medio, una generación actuada por nuevas ideas y nuevos principios. Es seria y entusiasta de estas nuevas ideas y su entusiasmo, incluso cuando está mal dirigido, es, creo, en su mayor parte sincero. Pero vivimos en una época escéptica y, si se me permite la expresión, atormentada por el pensamiento: y a veces temo que esta nueva

generación, educada o hipereducada como está, carezca de esas cualidades de humanidad, de hospitalidad, de humor amable que pertenecían a una época anterior. Al escuchar esta noche los nombres de todos esos grandes cantantes del pasado me pareció, debo confesarlo, que vivíamos en una época menos espaciosa. Aquellos días podrían llamarse, sin exagerar, días más extensos: y si ya no se recuerdan, esperemos, al menos, que en reuniones como ésta sigamos hablando de ellos con orgullo y afecto, que sigamos abrigando en nuestros corazones el recuerdo de aquellos grandes fallecidos y desaparecidos cuya fama el mundo no quiere dejar morir."

"¡Oye, oye!", dijo el señor Browne en voz alta.

"Pero", continuó Gabriel, su voz cayó en una inflexión más suave, "siempre hay en las reuniones como esta pensamientos más tristes que recurrirán a nuestras mentes: pensamientos del pasado, de la juventud, de los cambios, de los rostros ausentes que echamos de menos aquí esta noche. Nuestro camino a través de la vida está sembrado de muchos recuerdos tristes, y si nos quedáramos pensando en ellos siempre, no podríamos encontrar el corazón para seguir con valentía nuestro trabajo entre los vivos. Todos tenemos deberes vivos y afectos vivos que reclaman, y reclaman con razón, nuestros denodados esfuerzos".

"Por lo tanto, no me detendré en el pasado. No dejaré que ninguna moralina sombría se inmiscuya aquí esta noche. Nos hemos reunido aquí por un breve momento para alejarnos del bullicio y las prisas de nuestra rutina diaria. Estamos reunidos aquí como amigos, en el espíritu de la buena camaradería, como colegas, también hasta cierto punto, en el verdadero espíritu de la camaradería, y como los invitados de -¿cómo debo llamarlos?- las Tres Gracias del mundo musical de Dublín".

La mesa estalló en aplausos y risas ante esta alusión. La tía Julia pidió en vano a cada uno de sus vecinos por turno que le contara lo que había dicho Gabriel.

"Dice que somos las Tres Gracias, tía Julia", dijo Mary Jane.

La tía Julia no entendió pero miró, sonriendo, a Gabriel, que continuó en la misma línea:

"Señoras y señores,

No intentaré jugar esta noche el papel que París jugó en otra ocasión. No intentaré elegir entre ellas. La tarea sería injusta y estaría más allá de mis pobres facultades. Porque cuando las veo por separado, ya sea a nuestra anfitriona principal, cuyo buen corazón, cuyo demasiado buen corazón, se ha convertido en un sinónimo para todos los que la conocen, o a su hermana, que parece estar dotada de una juventud perenne y cuyo canto debe haber sido una sorpresa y una revelación para todos nosotros esta noche, o, por último, cuando considero a nuestra anfitriona más joven, talentosa, alegre, trabajadora y la mejor de las sobrinas, confieso, señoras y señores, que no sé a cuál de ellas debería conceder el premio."

Gabriel miró a sus tías y, al ver la gran sonrisa en el rostro de la tía Julia y las lágrimas que habían subido a los ojos de la tía Kate, se apresuró a cerrar. Levantó su copa de oporto con elegancia, mientras todos los miembros de la compañía cogían una copa con expectación, y dijo en voz alta:

"Brindemos por los tres juntos. Brindemos por su salud, su riqueza, su larga vida, su felicidad y su prosperidad, y que sigan ocupando durante mucho tiempo la posición orgullosa y ganada por ellos mismos que tienen en su profesión y la posición de honor y afecto que tienen en nuestros corazones".

Todos los invitados se pusieron de pie, con la copa en la mano, y volviéndose hacia las tres damas sentadas, cantaron al unísono, con el señor Browne como líder:

"Porque son compañeros alegres,
Porque son compañeros alegres,
Porque son compañeros alegres,
Lo que nadie puede negar".

La tía Kate hacía un uso franco de su pañuelo e incluso la tía Julia parecía conmovida. Freddy Malins golpeó el tiempo con su tenedor de pudín y los cantantes se volvieron el uno hacia el otro, como en una melodiosa conferencia, mientras cantaban con énfasis:

"A menos que diga una mentira,
A menos que diga una mentira".

Luego, volviéndose una vez más hacia sus anfitriones, cantaron:
"Porque son compañeros alegres,

Porque son compañeros alegres,
Porque son compañeros alegres,
Que nadie puede negar".

La aclamación que siguió fue llevada más allá de la puerta del comedor por muchos de los otros invitados y repetida una y otra vez, Freddy Malins actuando como oficial con su tenedor en alto.

El penetrante aire de la mañana entró en el salón donde se encontraban, de modo que la tía Kate dijo:

"Que alguien cierre la puerta. La señora Malins se va a morir de frío".

"Browne está ahí fuera, tía Kate", dijo Mary Jane.

"Browne está en todas partes", dijo la tía Kate, bajando la voz.

Mary Jane se rió de su tono.

"De verdad", dijo en tono de broma, "es muy atento".

"Se ha quedado aquí como el gas", dijo la tía Kate en el mismo tono, "durante toda la Navidad".

Esta vez se rió con buen humor y luego añadió rápidamente:

"Pero dile que entre, Mary Jane, y cierra la puerta. Espero que no me haya oído".

En ese momento se abrió la puerta del vestíbulo y el señor Browne entró desde el umbral, riendo como si se le fuera a romper el corazón. Iba vestido con un largo abrigo verde con puños y cuello de falso astracán y llevaba en la cabeza un gorro de piel ovalado. Señaló hacia el muelle cubierto de nieve, desde donde llegaba el sonido de un estridente y prolongado silbido.

"Teddy hará salir a todos los taxis de Dublín", dijo.

Gabriel avanzó desde la pequeña despensa detrás de la oficina, se puso el abrigo con dificultad y, mirando alrededor de la sala, dijo:

"¿Gretta no ha bajado todavía?"

"Se está poniendo sus cosas, Gabriel", dijo la tía Kate.

"¿Quién está tocando ahí arriba?", preguntó Gabriel.

"Nadie. Todos se han ido".

"Oh no, tía Kate", dijo Mary Jane. "Bartell D'Arcy y la señorita O'Callaghan aún no se han ido".

"En cualquier caso, alguien está tonteando con el piano", dijo Gabriel.

Mary Jane miró a Gabriel y al señor Browne y dijo con un escalofrío:

"Me da frío verlos a ustedes dos, caballeros, así de tapados. No me gustaría afrontar su viaje a casa a estas horas".

"Nada me gustaría más en este momento", dijo el Sr. Browne con firmeza, "que un buen paseo por el campo o una carrera con un buen caballo entre las piernas".

"Solíamos tener un muy buen caballo y un coche en casa", dijo la tía Julia con tristeza.

"El nunca olvidado Johnny", dijo Mary Jane, riendo.

La tía Kate y Gabriel también se rieron.

"¿Por qué, qué era lo maravilloso de Johnny?" preguntó el señor Browne.

"El difunto Patrick Morkan, es decir, nuestro abuelo", explicó Gabriel, "conocido comúnmente en sus últimos años como el viejo caballero, tenía una ábfrica de cola".

"Oh, ahora, Gabriel", dijo la tía Kate, riendo, "él tenía un molino de almidón".

"Bueno, cola o almidón", dijo Gabriel, "el viejo caballero tenía un caballo que se llamaba Johnny. Y Johnny solía trabajar en el molino del viejo caballero, dando vueltas y más vueltas para hacer funcionar el molino. Todo eso estaba muy bien; pero ahora viene la parte trágica de Johnny. Un buen día el viejo caballero pensó que le gustaría salir con la alta sociedad a una prueba militar en el parque".

"Que el Señor se apiade de su alma", dijo compasivamente la tía Kate.

"Amén", dijo Gabriel. "Así que el anciano caballero, como ya he dicho, enjaezó a Johnny y se puso su mejor sombrero alto y su mejor collar de caballo y salió a lo grande de su mansión ancestral en algún lugar cerca de Back Lane, creo".

Todo el mundo se rió, incluso la señora Malins, de las maneras de Gabriel y la tía Kate dijo:

"Oh, ahora, Gabriel, él no vivía en Back Lane, realmente. Sólo estaba el molino".

"Fuera de la mansión de sus antepasados", continuó Gabriel, "conducía con Johnny. Y todo transcurrió maravillosamente hasta que Johnny llegó a la vista de la estatua del Rey Billy: y ya sea que

se enamoró del caballo en el que se sienta el Rey Billy o que pensó que estaba de nuevo en el molino, de cualquier manera comenzó a caminar alrededor de la estatua."

Gabriel se paseó en círculos alrededor de la sala con sus chanclos entre las risas de los demás.

"Dio vueltas y vueltas -dijo Gabriel-, y el viejo caballero, que era un viejo caballero muy pomposo, se indignó mucho. '¡Adelante, señor! ¿Qué quiere decir, señor? ¡Johnny! ¡Johnny! ¡Una conducta extraordinaria! No puedo entender al caballo!'"

Las carcajadas que siguieron a la imitación del incidente por parte de Gabriel fueron interrumpidas por un sonoro golpe en la puerta del vestíbulo. Mary Jane corrió a abrirla y dejó entrar a Freddy Malins. Freddy Malins, con el sombrero bien puesto en la cabeza y los hombros encorvados por el frío, resoplaba y humeaba después de sus esfuerzos.

"Sólo pude conseguir un taxi", dijo.

"Oh, encontraremos otro en el muelle", dijo Gabriel.

"Sí", dijo la tía Kate. "Mejor no tener a la señora Malins de pie en la corriente de aire".

Su hijo y el Sr. Browne ayudaron a la Sra. Malins a bajar los escalones de la entrada y, después de muchas maniobras, la subieron a la cabina. Freddy Malins subió tras ella y pasó un largo rato acomodándola en el asiento, mientras el señor Browne le ayudaba con consejos. Por fin se instaló cómodamente y Freddy Malins invitó al señor Browne a entrar en la cabina. Hubo una charla un tanto confusa y luego el señor Browne subió al taxi. El taxista se acomodó la manta sobre las rodillas y se inclinó para pedir la dirección. La confusión aumentó y el taxista fue dirigido de forma diferente por Freddy Malins y el señor Browne, cada uno de los cuales sacaba la cabeza por una ventana del taxi. La dificultad consistía en saber dónde dejar al señor Browne a lo largo de la ruta, y la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane ayudaron a la discusión desde el umbral de la puerta con direcciones cruzadas y contradicciones y abundantes risas. En cuanto a Freddy Malins, se quedó mudo de risa. Asomaba la cabeza por la ventanilla a cada momento, con gran peligro para su sombrero, y le contaba a su madre cómo se desarrollaba la discusión, hasta que por fin el señor Browne le gritó

al desconcertado taxista por encima del estruendo de las risas de todos:

"¿Conoce usted el Trinity College?"

"Sí, señor", dijo el taxista.

"Bueno, conduzca hasta las puertas del Trinity College", dijo el señor Browne, "y luego le diremos a dónde ir. ¿Entiende ahora?"

"Sí, señor", dijo el taxista.

"Diríjase como un pájaro al Trinity College".

"Bien, señor", dijo el taxista.

El caballo fue azotado y el taxi se alejó por el muelle en medio de un coro de risas y adioses.

Gabriel no había ido a la puerta con los demás. Estaba en una parte oscura del vestíbulo mirando la escalera. Una mujer estaba de pie cerca de la cima del primer piso, también en la sombra. No podía ver su rostro, pero sí los estampados de color terracota y rosa salmón de su falda, que la sombra hacía aparecer en blanco y negro. Era su mujer. Estaba apoyada en la barandilla, escuchando algo. Gabriel se sorprendió de su quietud y aguzó el oído para escuchar también. Pero no pudo oír más que el ruido de las risas y las disputas en la escalera, unos acordes al piano y algunas notas de la voz de un hombre cantando.

Se quedó quieto en la penumbra del vestíbulo, tratando de captar el aire que cantaba la voz y mirando a su mujer. Había gracia y misterio en su actitud, como si fuera un símbolo de algo. Se preguntó de qué es símbolo una mujer de pie en la escalera, en la sombra, escuchando una música lejana. Si fuera pintor, la pintaría en esa actitud. Su sombrero de fieltro azul resaltaría el bronce de su pelo contra la oscuridad y los paneles oscuros de su falda resaltarían los claros. Música lejana llamaría al cuadro si fuera pintor.

La puerta del vestíbulo se cerró; y la tía Kate, la tía Julia y Mary Jane bajaron por el pasillo, todavía riendo.

"Bueno, ¿no es Freddy terrible?", dijo Mary Jane. "Es realmente terrible".

Gabriel no dijo nada, pero señaló las escaleras hacia donde estaba su esposa. Ahora que la puerta del vestíbulo estaba cerrada, la voz y el piano se oían con más claridad. Gabriel levantó la mano

para que guardaran silencio. La canción parecía estar en la antigua tonalidad irlandesa y el cantante parecía inseguro tanto de sus palabras como de su voz. La voz, que se volvía quejumbrosa por la distancia y por la ronquera del cantante, iluminaba débilmente la cadencia del aire con palabras que expresaban dolor:

"Oh, la lluvia cae sobre mis pesados cabellos
Y el rocío moja mi piel,
Mi bebé yace frío. . ."

"Oh", exclamó Mary Jane. "Es Bartell D'Arcy cantando y no quiso cantar en toda la noche. Oh, haré que cante una canción antes de que se vaya".

"Oh, hazlo, Mary Jane", dijo la tía Kate.

Mary Jane pasó por delante de las demás y corrió hacia la escalera, pero antes de llegar a ella el canto se detuvo y el piano se cerró bruscamente.

"¡Oh, qué pena!", gritó. "¿Va a bajar, Gretta?"

Gabriel oyó que su mujer respondía afirmativamente y la vio bajar hacia ellos. Unos pasos detrás de ella estaban el señor Bartell D'Arcy y la señorita O'Callaghan.

"Oh, señor D'Arcy", gritó Mary Jane, "es una verdadera maldad por su parte el interrumpir así cuando todos estábamos extasiados escuchándole".

"He estado con él toda la tarde", dijo la señorita O'Callaghan, "y la señora Conroy también, y nos dijo que tenía un terrible resfriado y que no podía cantar".

"Oh, señor D'Arcy", dijo la tía Kate, "eso sí que fue una gran mentira".

"¿No veis que estoy más ronco que un cuervo?", dijo el señor D'Arcy con aspereza.

Entró apresuradamente en la despensa y se puso el abrigo. Los demás, sorprendidos por su grosero discurso, no encontraron nada que decir. La tía Kate arrugó el ceño e hizo señas a los demás para que dejaran el tema. El Sr. D'Arcy se puso de pie, envolviendo su cuello con cuidado y frunciendo el ceño.

"Es por el tiempo", dijo la tía Julia, tras una pausa.

"Sí, todo el mundo tiene catarro", dijo la tía Kate de buena gana, "todo el mundo".

"Dicen", dijo Mary Jane, "que no hemos tenido nieve como ésta desde hace treinta años; y he leído esta mañana en los periódicos que la nieve es general en toda Irlanda".

"Me encanta el aspecto de la nieve", dijo la tía Julia con tristeza.

"A mí también", dijo la señorita O'Callaghan. "Creo que la Navidad nunca es realmente Navidad si no tenemos la nieve en el suelo".

"Pero al pobre señor D'Arcy no le gusta la nieve", dijo la tía Kate, sonriendo.

El señor D'Arcy salió de la despensa, completamente abrigado y abotonado, y en tono arrepentido les contó la historia de su resfriado. Todos le aconsejaron y le dijeron que era una gran pena y le instaron a tener mucho cuidado con su garganta en el aire nocturno. Gabriel observó a su mujer, que no se unió a la conversación. Estaba de pie bajo la polvorienta luz del ventilador y la llama del gas iluminaba el intenso bronce de su cabello, que él había visto secar junto al fuego unos días antes. Ella estaba en la misma actitud y parecía no darse cuenta de la charla sobre ella. Por fin se volvió hacia ellos y Gabriel vio que había color en sus mejillas y que sus ojos brillaban. Una súbita marea de alegría salió de su corazón.

"Señor D'Arcy", dijo ella, "¿cómo se llama esa canción que estaba cantando?"

"Se llama The Lass of Aughrim", dijo el señor D'Arcy, "pero no pude recordarla bien. ¿Por qué? ¿La conoces?"

"The Lass of Aughrim", repitió ella. "No me acordaba del nombre".

"Es un tema muy bonito", dijo Mary Jane. "Lamento que no haya tenido voz esta noche".

"Ahora, Mary Jane", dijo la tía Kate, "no molestes al señor D'Arcy. No quiero que lo molesten".

Viendo que todos estaban listos para partir, los condujo a la puerta, donde se dieron las buenas noches:

"Bueno, buenas noches, tía Kate, y gracias por la agradable velada."

"Buenas noches, Gabriel. Buenas noches, Gretta".

"Buenas noches, tía Kate, y muchas gracias. Buenas noches, tía Julia".

"Oh, buenas noches, Gretta, no te había visto."

"Buenas noches, Sr. D'Arcy. Buenas noches, Srta. O'Callaghan".

"Buenas noches, Srta. Morkan."

"Buenas noches, otra vez."

"Buenas noches a todos. Que tengan un buen regreso a casa."

"Buenas noches. Buenas noches."

La mañana seguía siendo oscura. Una luz apagada y amarilla se cernía sobre las casas y el río, y el cielo parecía descender. El suelo estaba resbaladizo, y sólo había vetas y manchas de nieve en los tejados, en los parapetos del muelle y en las barandillas de la zona. Las lámparas seguían ardiendo rojizas en el aire turbio y, al otro lado del río, el palacio de los Cuatro Tribunales se destacaba amenazadoramente contra el pesado cielo.

Ella seguía caminando delante de él con el señor Bartell D'Arcy, con los zapatos en un paquete marrón metidos bajo un brazo y las manos sosteniendo la falda del aguanieve. Ya no tenía ninguna actitud elegante, pero los ojos de Gabriel seguían brillando de felicidad. La sangre corría por sus venas y los pensamientos se agitaban en su cerebro, orgullosos, alegres, tiernos, valientes.

Ella caminaba delante de él con tanta ligereza y tan erguida que él deseaba correr tras ella sin hacer ruido, cogerla por los hombros y decirle algo tonto y cariñoso al oído. Ella le parecía tan frágil que anhelaba defenderla de algo y luego quedarse a solas con ella. Momentos de su vida secreta juntos estallaron como estrellas en su memoria. Un sobre de heliotropo estaba junto a su taza de desayuno y él lo acariciaba con la mano. Los pájaros trinaban en la hiedra y la soleada red de la cortina brillaba en el suelo: no podía comer de felicidad. Estaban de pie en el atestado andén y él colocaba un billete dentro de la cálida palma de su guante. Estaba de pie con ella en el frío, mirando a través de una ventana enrejada a un hombre que hacía botellas en un horno rugiente. Hacía mucho frío. La cara de ella, perfumada por el aire frío, estaba muy cerca de la de él; y de repente llamó al hombre del fogón:

"¿Está caliente el fuego, señor?"

Pero el hombre no pudo oír con el ruido del horno. Menos mal. Podría haber respondido con brusquedad.

Una ola de alegría aún más tierna se escapó de su corazón y recorrió en cálido torrente sus arterias. Como el tierno fuego de los

momentos estelares de su vida en común, que nadie conocía ni conocería jamás, irrumpió e iluminó su memoria. Ansiaba recordarle esos momentos, hacerle olvidar los años de su aburrida existencia juntos y recordar sólo sus momentos de éxtasis. Porque los años, según él, no habían apagado su alma ni la de ella. Sus hijos, la escritura de él, los cuidados domésticos de ella no habían apagado todo el tierno fuego de sus almas. En una carta que le había escrito entonces le había dicho: "¿Por qué las palabras como éstas me parecen tan aburridas y frías? ¿Será porque no hay ninguna palabra lo suficientemente tierna para ser tu nombre?"

Como una música lejana, estas palabras que había escrito años atrás fueron llevadas hacia él desde el pasado. Ansiaba estar a solas con ella. Cuando los demás se hubieran marchado, cuando él y ella estuvieran en la habitación del hotel, entonces estarían a solas. La llamaba suavemente:

"¡Gretta!"

Tal vez ella no lo oyera de inmediato: se estaría desvistiendo. Entonces, algo en la voz de él la impresionaría. Ella se volvía y le miraba... . . .

En la esquina de la calle Winetavern se encontraron con un taxi. Él se alegró de su ruido de traqueteo, ya que le ahorró la conversación. Ella miraba por la ventana y parecía cansada. Los demás sólo hablaron unas pocas palabras, señalando algún edificio o calle. El caballo galopó cansado bajo el cielo turbio de la mañana, arrastrando su vieja caja traqueteante tras sus talones, y Gabriel estaba de nuevo en un taxi con ella, galopando para coger el barco, galopando hacia su luna de miel.

Mientras el taxi cruzaba el puente O'Connell, la señorita O'Callaghan dijo:

"Dicen que nunca se cruza el puente O'Connell sin ver un caballo blanco".

"Esta vez veo un blanco", dijo Gabriel.

"¿Dónde?", preguntó el señor Bartell D'Arcy.

Gabriel señaló la estatua, sobre la que había manchas de nieve. Luego la saludó con un gesto familiar y agitó la mano.

"Buenas noches, Dan", dijo alegremente.

Cuando el taxi se detuvo ante el hotel, Gabriel se bajó y, a pesar de la protesta del señor Bartell D'Arcy, pagó al conductor. Le dio al hombre un chelín más de la tarifa. El hombre saludó y dijo:

"Un próspero Año Nuevo para usted, señor".

"Lo mismo para usted", dijo Gabriel cordialmente.

Ella se apoyó un momento en su brazo al bajar del taxi y mientras estaba de pie en el bordillo, dando las buenas noches a los demás. Se apoyó ligeramente en su brazo, tan ligeramente como cuando había bailado con él unas horas antes. Él se había sentido orgulloso y feliz entonces, feliz de que ella fuera suya, orgulloso de su gracia y su porte de esposa. Pero ahora, después de que se encendieran de nuevo tantos recuerdos, el primer toque de su cuerpo, musical y extraño y perfumado, le hizo sentir una aguda punzada de lujuria. Al amparo de su silencio, apretó el brazo de ella estrechamente a su lado; y, mientras se encontraban en la puerta del hotel, sintió que habían escapado de sus vidas y sus deberes, que habían escapado de su casa y de sus amigos y que habían huido juntos con corazones salvajes y radiantes hacia una nueva aventura.

Un anciano dormitaba en una gran silla en el vestíbulo. Encendió una vela en el despacho y se dirigió antes que ellos a la escalera. Le siguieron en silencio, sus pies cayendo en suaves golpes sobre la gruesa alfombra de la escalera. Ella subió las escaleras detrás del portero, con la cabeza inclinada en el ascenso, sus frágiles hombros curvados como con una carga, la falda ceñida a su cuerpo. Hubiera podido rodear sus caderas con los brazos y retenerla, porque sus brazos temblaban de deseo de agarrarla y sólo la tensión de sus uñas contra las palmas de sus manos contenía el impulso salvaje de su cuerpo. El portero se detuvo en la escalera para apagar su vela. Ellos también se detuvieron en los escalones de abajo. En el silencio, Gabriel pudo oír la caída de la cera fundida en la bandeja y el golpeteo de su propio corazón contra las costillas.

El portero los condujo a lo largo de un pasillo y abrió una puerta. Luego dejó su inestable vela sobre una mesa de tocador y preguntó a qué hora debían ser llamados por la mañana.

"A las ocho", dijo Gabriel.

El portero señaló el grifo de la luz eléctrica y comenzó a murmurar una disculpa, pero Gabriel lo interrumpió.

"No queremos ninguna luz. Tenemos suficiente luz en la calle. Y yo digo", añadió, señalando la vela, "que podrías quitar ese hermoso objeto, como un hombre de bien".

El mozo volvió a coger la vela, pero lentamente, pues le sorprendía una idea tan novedosa. Luego murmuró las buenas noches y salió. Gabriel cerró la cerradura.

Una luz espectral procedente de la lámpara de la calle se extendía desde una ventana hasta la puerta. Gabriel arrojó su abrigo y su sombrero sobre un sillón y cruzó la habitación hacia la ventana. Miró hacia la calle para que su emoción se calmara un poco. Luego se volvió y se apoyó en una cómoda de espaldas a la luz. Se había quitado el sombrero y la capa y estaba de pie ante un gran espejo giratorio, desabrochándose la cintura. Gabriel se detuvo unos instantes, observándola, y luego dijo:

"¡Gretta!"

Ella se apartó del espejo lentamente y caminó por el eje de luz hacia él. Su rostro parecía tan serio y cansado que las palabras no pasaron de los labios de Gabriel. No, aún no era el momento.

"Pareces cansada", dijo él.

"Estoy un poco", respondió ella.

"¿No te sientes enferma o débil?"

"No, cansada: eso es todo".

Se acercó a la ventana y se quedó allí, mirando hacia fuera. Gabriel esperó de nuevo y luego, temiendo que la desconfianza estuviera a punto de vencerle, dijo bruscamente

"¡Por cierto, Gretta!"

"¿De qué se trata?"

"¿Conoces a ese pobre hombre, Malins?", dijo rápidamente.

"Sí. ¿Qué pasa con él?"

"Bueno, pobre hombre, es un tipo decente, después de todo", continuó Gabriel con voz falsa. "Me devolvió el soberano que le presté, y no me lo esperaba, la verdad. Es una pena que no se mantenga alejado de ese Browne, porque no es un mal tipo, en realidad".

Ahora temblaba de fastidio. ¿Por qué parecía tan abstraída? No sabía cómo empezar. ¿Estaba ella también molesta por algo? Si ella se volviera hacia él o viniera a él por su propia voluntad. Tomarla

como estaba sería brutal. No, primero debía ver algo de ardor en sus ojos. Ansiaba ser dueño de su extraño estado de ánimo.

"¿Cuándo le prestaste la libra?", preguntó ella, tras una pausa.

Gabriel se esforzó por no soltar un lenguaje brutal sobre el borracho Malins y su libra. Ansiaba gritarle desde su alma, aplastar su cuerpo contra el suyo, dominarla. Pero dijo:

"Oh, en Navidad, cuando abrió esa pequeña tienda de tarjetas navideñas en Henry Street".

Estaba sumido en tal fiebre de rabia y deseo que no la oyó salir de la ventana. Ella se quedó ante él durante un instante, mirándolo con extrañeza. Luego, levantándose repentinamente de puntillas y apoyando sus manos ligeramente en los hombros de él, le besó.

"Eres una persona muy generosa, Gabriel", le dijo.

Gabriel, temblando de placer por el repentino beso y por lo pintoresco de su frase, le puso las manos en el pelo y comenzó a alisarlo hacia atrás, sin apenas tocarlo con los dedos. El lavado lo había dejado fino y brillante. Su corazón rebosaba de felicidad. Justo cuando lo deseaba, ella había acudido a él por voluntad propia. Tal vez sus pensamientos habían corrido con los de él. Tal vez ella había sentido el impetuoso deseo que había en él, y entonces el ánimo de ceder había llegado a ella. Ahora que ella había caído ante él con tanta facilidad, se preguntó por qué había sido tan tímido.

Se puso de pie, sosteniendo la cabeza de ella entre sus manos. Luego, deslizando un brazo alrededor de su cuerpo y atrayéndola hacia él, le dijo suavemente:

"Gretta, querida, ¿en qué estás pensando?"

Ella no contestó ni se rindió del todo a su brazo. Él volvió a decir, en voz baja:

"Dime de qué se trata, Gretta. Creo que sé lo que pasa. ¿Lo sé?"

Ella no respondió de inmediato. Luego dijo en un arrebato de lágrimas:

"Oh, estoy pensando en esa canción, "La chica de Aughrim".

Se separó de él, corrió hacia la cama y, cruzando los brazos sobre la barandilla, ocultó su rostro. Gabriel se quedó quieto un momento, asombrado, y luego la siguió. Al pasar por el camino del espejo de caballero, se vio a sí mismo de cuerpo entero, con su amplia y bien

rellena camisa, el rostro cuya expresión siempre le desconcertaba cuando lo veía en un espejo, y sus relucientes gafas de montura dorada. Se detuvo a unos pasos de ella y dijo:

"¿Y la canción? ¿Por qué te hace llorar?"

Ella levantó la cabeza de los brazos y se secó los ojos con el dorso de la mano como un niño. Una nota más amable de lo que había pretendido apareció en su voz.

"¿Por qué, Gretta?", preguntó él.

"Estoy pensando en una persona que hace mucho tiempo cantaba esa canción".

"¿Y quién era esa persona hace mucho tiempo?", preguntó Gabriel, sonriendo.

"Era una persona que conocía en Galway cuando vivía con mi abuela", dijo ella.

La sonrisa desapareció del rostro de Gabriel. Una ira sorda comenzó a acumularse de nuevo en el fondo de su mente y los fuegos apagados de su lujuria comenzaron a brillar con rabia en sus venas.

"¿Alguien de quien estuviste enamorada?", preguntó irónicamente.

"Era un joven que conocía", respondió ella, "llamado Michael Furey. Solía cantar esa canción, The Lass of Aughrim. Era muy delicado".

Gabriel guardó silencio. No quería que ella pensara que estaba interesado en ese chico tan delicado.

"Puedo verlo tan claramente", dijo ella, después de un momento. "¡Qué ojos tenía: ojos grandes y oscuros! Y una expresión en ellos, una expresión".

"Oh, entonces, ¿estás enamorada de él?", dijo Gabriel.

"Solía salir a pasear con él", dijo ella, "cuando estaba en Galway".

Un pensamiento pasó por la mente de Gabriel.

"¿Quizás por eso querías ir a Galway con esa chica de Ivors?", dijo él fríamente.

Ella le miró y preguntó sorprendida:

"¿Para qué?"

Sus ojos hicieron que Gabriel se sintiera incómodo. Él se encogió de hombros y dijo:

"¿Cómo voy a saberlo? Para verlo, tal vez".

Ella apartó la mirada de él a lo largo del rayo de luz hacia la ventana en silencio.

"Está muerto", dijo al final. "Murió cuando sólo tenía diecisiete años. ¿No es algo terrible morir tan joven?"

"¿Qué fue?", preguntó Gabriel, todavía con ironía.

"Fue en la fábrica de gas", dijo ella.

Gabriel se sintió humillado por el fracaso de su ironía y por la evocación de esta figura de los muertos, un niño en la fábrica de gas. Mientras él había estado lleno de recuerdos de su vida secreta juntos, llena de ternura y alegría y deseo, ella lo había estado comparando en su mente con otro. Una conciencia vergonzosa de su propia persona le asaltó. Se vio a sí mismo como una figura ridícula, actuando como un niño de un centavo para sus tías, un sentimental nervioso y bien intencionado, orando a los vulgares e idealizando sus propias lujurias de payaso, el lamentable tipo fatuo que había vislumbrado en el espejo. Instintivamente le dio la espalda a la luz para que ella no viera la vergüenza que ardía en su frente.

Trató de mantener su tono de fría interrogación, pero su voz cuando habló fue humilde e indiferente.

"Supongo que estabas enamorada de ese Michael Furey, Gretta", dijo.

"Estuve muy bien con él en aquella época", dijo ella.

Su voz era velada y triste. Gabriel, sintiendo ahora lo vano que sería tratar de llevarla hacia donde él se había propuesto, acarició una de sus manos y dijo, también con tristeza

"¿Y de qué murió tan joven, Gretta? ¿De tuberculosis?"

"Creo que murió por mí", respondió ella.

Un vago terror se apoderó de Gabriel ante esta respuesta, como si, en aquella hora en que había esperado triunfar, algún ser impalpable y vengativo viniera contra él, reuniendo fuerzas contra él en su vago universo. Pero se liberó de ello con un esfuerzo de sensatez y continuó acariciando su mano. No volvió a interrogarla, porque sintió que ella le hablaría de sí misma. La mano de ella estaba cálida y húmeda: no respondía a su tacto, pero él siguió

acariciándola igual que había acariciado la primera carta que le envió aquella mañana de primavera.

"Fue en el invierno", dijo ella, "más o menos al principio del invierno, cuando iba a dejar a mi abuela y a venir aquí al convento. En ese momento estaba enfermo en su alojamiento en Galway y no le dejaban salir, y le escribieron a su familia en Oughterard. Decayó, dijeron, o algo así. Nunca lo supe bien".

Se detuvo un momento y suspiró.

"Pobre hombre", dijo. "Me apreciaba mucho y era un chico tan amable. Solíamos salir juntos, a pasear, ya sabes, Gabriel, como se hace en el campo. Iba a estudiar canto sólo por su propia salud. Tenía muy buena voz, el pobre Michael Furey".

"Bueno; ¿y luego?", preguntó Gabriel.

"Y luego, cuando llegó el momento de dejar Galway y subir al convento, él estaba mucho peor y no me dejaban verlo, así que le escribí una carta diciéndole que me iba a Dublín y que volvería en el verano, y esperando que estuviera mejor entonces".

Hizo una pausa para controlar su voz y luego continuó:

"Entonces, la noche anterior a mi partida, estaba en la casa de mi abuela en Nuns' Island, empacando, y escuché que tiraban grava contra la ventana. La ventana estaba tan húmeda que no podía ver, así que bajé corriendo como estaba y me escabullí por la parte de atrás hacia el jardín y allí estaba el pobre hombre al final del jardín, temblando."

"¿Y no le dijiste que volviera?", preguntó Gabriel.

"Le imploré que volviera a casa de inmediato y le dije que moriría bajo la lluvia. Pero él dijo que no quería vivir. También puedo ver sus ojos. Estaba de pie al final del muro donde había un árbol".

"¿Y se fue a casa?", preguntó Gabriel.

"Sí, se fue a casa. Y cuando sólo llevaba una semana en el convento murió y lo enterraron en Oughterard, de donde era su gente. Oh, el día que me enteré de eso, de que había muerto!"

Se detuvo, ahogada por los sollozos, y, vencida por la emoción, se arrojó boca abajo sobre la cama, sollozando en el edredón. Gabriel le cogió la mano un momento más, irresolutamente, y luego, tímido de entrometerse en su dolor, la dejó caer suavemente y se dirigió en silencio a la ventana.

Ella estaba profundamente dormida.

Gabriel, apoyado en el codo, miró durante unos instantes, sin resentirse, su pelo enmarañado y su boca entreabierta, escuchando su respiración entrecortada. Así que ella había tenido ese romance en su vida: un hombre había muerto por ella. Ahora apenas le dolía pensar en el pobre papel que él, su marido, había desempeñado en su vida. La observaba mientras dormía, como si él y ella nunca hubieran vivido juntos como marido y mujer. Sus curiosos ojos se posaron largamente en su rostro y en su cabello; y, al pensar en lo que ella debía ser entonces, en aquella época de su primera belleza de niña, una extraña y amistosa piedad por ella entró en su alma. No le gustaba decir, ni siquiera a sí mismo, que su rostro ya no era hermoso, pero sabía que ya no era el rostro por el que Michael Furey había afrontado la muerte.

Tal vez ella no le había contado toda la historia. Sus ojos se dirigieron a la silla sobre la que ella había arrojado parte de su ropa. Un cordón de la enagua colgaba en el suelo. Una bota se mantenía en pie, con la parte superior flácida y caída: la otra yacía de lado. Se sorprendió de la explosión de emociones de una hora antes. ¿De dónde procedía? De la cena de su tía, de su propio discurso insensato, del vino y el baile, de la alegría al dar las buenas noches en el salón, del placer del paseo por el río en la nieve. ¡Pobre tía Julia! Ella también sería pronto una sombra junto a la de Patrick Morkan y su caballo. Él había captado por un momento esa mirada ojerosa en su rostro cuando cantaba *Arrayed for the Bridal*. Pronto, tal vez, estaría sentado en ese mismo salón, vestido de negro, con su sombrero de seda sobre las rodillas. Las persianas estarían bajadas y la tía Kate estaría sentada a su lado, llorando y sonándose la nariz y contándole cómo había muerto Julia. Él buscaría en su mente algunas palabras que pudieran consolarla, y sólo encontraría palabras cojas e inútiles. Sí, sí: eso ocurriría muy pronto.

El aire de la habitación le heló los hombros. Se estiró cautelosamente bajo las sábanas y se acostó junto a su mujer. Uno a uno, todos se iban convirtiendo en sombras. Mejor pasar con valentía a ese otro mundo, en la plena gloria de alguna pasión, que desvanecerse y marchitarse consternadamente con la edad. Pensó

en cómo la que yacía a su lado había encerrado en su corazón durante tantos años aquella imagen de los ojos de su amante cuando le había dicho que no deseaba vivir.

Lágrimas generosas llenaron los ojos de Gabriel. Él mismo nunca había sentido eso hacia ninguna mujer, pero sabía que ese sentimiento debía ser amor. Las lágrimas se acumularon más densamente en sus ojos y en la oscuridad parcial imaginó que veía la forma de un joven de pie bajo un árbol que goteaba. Otras formas estaban cerca. Su alma se había acercado a esa región donde habitan las vastas huestes de los muertos. Era consciente, pero no podía aprehender, su existencia caprichosa y vacilante. Su propia identidad se desvanecía en un mundo gris e impalpable: el propio mundo sólido, en el que estos muertos se habían criado y vivido alguna vez, se disolvía y disminuía.

Unos ligeros golpecitos en el cristal le hicieron volverse hacia la ventana. Había empezado a nevar de nuevo. Observó somnoliento los copos, plateados y oscuros, que caían oblicuamente contra la luz de la lámpara. Había llegado el momento de emprender su viaje hacia el oeste. Sí, los periódicos tenían razón: la nieve era general en toda Irlanda. Caía en cada parte de la oscura llanura central, en las colinas sin árboles, cayendo suavemente en el Bog of Allen y, más al oeste, cayendo suavemente en las oscuras olas del Shannon. También caía sobre cada parte del solitario cementerio de la colina donde yacía enterrado Michael Furey. Se extendía densamente sobre las cruces y lápidas torcidas, sobre las lanzas de la pequeña puerta, sobre las áridas espinas. Su alma se desmayó lentamente al oír la nieve que caía débilmente a través del universo y que caía débilmente, como el descenso de su último fin, sobre todos los vivos y los muertos.

FIN

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**